Publicación DiGiTal

# DIDASCALIA

DRAMATURGIA

**NOVILUNIO** 

FÁTIMA CHIQUILLO





N | 37

# Publicación DiGiTal DIDASCALIA **DRAMATURGIA**

El Texto incluido en esta edición fue escrito en 2023 en el Programa de formación en escritura dramática DIDASCALIA. Es propiedad intelectual de Fátima Chiquillo. Para montaje, representación o lectura pública comunicarse con la autora: fatimabenitez1596@gmail.com

#### Fátima Chiquillo



Fátima odontóloga es una apasionada por la literatura, el teatro y el cine. Actriz teatral, escritora y alumna permanente. Descubrió su interés por la escritura a los 16 años y desde entonces no ha dejado de contar historias. Tallerista los escritura en grupos de Mauricio impartidos por Vallejo (2019) y miembro de Teatro INJUVE (2021), cuenta con una publicación en la revista estudiantil Ex libris (Colombia) por su texto TAZUMAL (2021),publicaciones así como digitales en la revista Kametsa, donde ha presentado textos poéticos.. Alumna en formación y miembro de Teatro Célula desde el año 2024. Actualmente cursa un programa de escritura para voces emergentes en la Universidad de Iowa.

## **DRAMATURGIA DIDASCALIA** Publicación DiGiTal

# **NOVILUNIO**

FÁTIMA CHIQUILLO

Edición 2023

"Heredé de mis antepasados las ansias de huir. Yo siento que cada glóbulo procede de un punto distinto. De cada trozo de tierra o mar han usurpado algo y así me formaron, condenándome a la eterna búsqueda de un lugar de origen. Heredé el paso vacilante con objeto de no estatizar nunca con firmeza en lugar alguno. ¡En todo y en nada! ¡En nada y en todo!"

### - Flora Alejandra Pizarnik

#### Personajes:

Humberto (Niño de aproximadamente doce años)

(Niño de aproximadamente nueve años) Enrique

Abuela (A quien el abuelo se referirá como Juana)

(A quien la abuela se referirá como Antonio) Abuelo

Tío (También nombrado como Federico por los abuelos de los niños,

quienes son sus padres)

(Soldados hondureños) Soldado 1

Soldado 2

Año 1969, Honduras.

6:00 a.m.

Un camión encendido en una calle adoquinada. Humberto y su familia van sentados dentro de este. Al volante, Federico, arranca una y otra vez sin querer avanzar; a su lado, el abuelo; a la par del abuelo, la abuela, quien lleva un rosario en las manos. En el compartimiento de carga, Humberto y Enrique, quienes se comunican por una ventanilla que da a los asientos de adelante. Horas antes se ha anunciado por la radio nacional que habrá cese al fuego por las siguientes treinta y seis horas.

**Abuelo:** Tenemos que irnos.

El tío arranca y frena, arranca y frena.

**Abuelo:** No estoy jugando, ¡tenemos que irnos, Federico! La amenaza fue clara.

Tio: (Llorando despacio). No, no, no quiero...; No quiero!

**Abuelo:** No es que querás, es que te lo ordeno, es que lo vas a hacer.

Abuela: Otra vez teniendo que irnos.

**Abuelo:** ¿A qué te referís con otra vez?

**Abuela:** No es la primera vez que huimos.

**Enrique:** (Tras la ventanilla). ¿Por qué huimos?

Abuelo: ¡No estamos huyendo! Solo volvemos a nuestro país.

Humberto: Este es mi país.

**Tío:** País de mierda. (*Arranca y frena con violencia*).

**Enrique:** No me respondieron. ¿Por qué huimos? ¿Y por qué dicen que otra vez? *(Al tío)*. Tío, se va a gastar el freno, nunca arranca, nunca nos vamos del todo.

Abuelo: Arrancá, Federico, tenemos que irnos.

Humberto: ¿Por qué?

Abuela: Los niños no tienen que preguntar nada.

Humberto: Ni nos dejaron hablar.

Abuelo: No había razón, son niños.

Humberto: Pero no es justo. No logré recibirme de sexto grado, no terminé de armar la carreta de madera. Entiendo que tengamos que huir, pero no deja de ser injusto.

Abuela: Con preguntarles si querían irse no hubiéramos cambiado nada. De igual manera íbamos a irnos... de nuevo.

Humberto: Se hubiera sentido bien, al menos (Humberto empieza a llorar)... que nos tomaran en cuenta... en la decisión (se limpia las lágrimas con la manga de la camisa), nos hubiéramos sentido... importantes.

Abuela: Como dice tu abuelo, vos y Enrique son solo niños. Ya dejemos ese tema, dejá de llorar, mirá que estamos vivos... Don Salvador y doña Lourdes, los que vivían en la otra cuadra, no corrieron con la misma suerte.

**Abuelo:** ¿Qué les pasó?

Abuela: Los mató la Mancha Brava.

Abuelo: (Histérico golpea el asiento de Federico). ¿Acaso no escuchás, Federico? ¡Los mataron! Pueden desaparecernos a nosotros, pueden separarnos, ¿eso no es suficiente razón para vos? ¡Arrancá, Federico! ¡Arrancá! ¡Que te lo ordeno!

El tío quarda silencio.

Enrique: Yo no soy un niño. Soy un marciano. (Se pone una capa verde).

**Humberto:** Vámonos de una vez.

Abuelo: Vámonos.

**Abuela:** Arrancá, Federico.

**Enrique:** Soy un marciano.

El tío lanza un grito ahogado mientras arranca presionando con fuerza el acelerador. Las maletas y demás pertenencias se golpean entre ellas. El camión sale a la carretera.

Humberto: Ojalá no fuera salvadoreño.

El camión en la carretera va dejando una estela de humo negro.

Abuela: ¿Y ese humo? Federico, ¿revisaste el aceite antes de salir?

Tío: ¿Y con qué tiempo si nos sacaron a la carrera?

Abuelo: ¡Calmate, Juana! Es un camión viejo, el humo es normal.

Abuela: Solo falta que esta chatarra nos deje tirados a mitad del camino.

**Abuelo:** ¡Calmate te digo! (A Federico). ¡Federico, dejá de hacer maniobras tan bruscas! ¿Acaso no sabés manejar?

Federico continúa en la marcha, con los ojos llenos de lágrimas, mientras el camión sigue dejando la estela de humo a su paso.

El camión en marcha en la carretera, los dos niños en el compartimiento de carga.

11:00 a. m.

Enrique: ¿A qué horas creés que lleguemos?

Humberto: A la hora que haya que llegar. Bajate esa capa verde, no sos un marciano, además hace mucho calor.

Enrique: Este camión es insoportable, me quiero bajar.

Humberto: No podemos bajarnos, el abuelo dice que es peligroso.

Enrique: A mí nada podría pasarme, porque soy un marciano. Un marciano hondureño, no como vos.

Humberto: Ni siquiera te podés el himno. Yo me lo acabo de aprender. Si no me lo sabía no me graduaba de primaria, igual no sirvió de

nada porque tuvimos que dejar todo... no me pude titular... En fin... vení, te lo voy a enseñar.

Enrique: ¡Sí me lo sé! (Empieza a cantar). "Tu bandera, tu bandera, es un lampo de cielo, por un bloque, por un bloque de monte cruzado".

Humberto: ¡Bloque de nieve, de nieve cruzado! ¡No monte! De verdad no sé a qué vas a la escuela, ni el himno te podés.

**Enrique:** Pero soy hondureño.

**Humberto:** Quizá ser salvadoreño no sea tan malo como parece.

**Enrique:** ¿Por qué lo decís?

Humberto: ¡Todos nosotros somos salvadoreños, menos vos!

Enrique: Todos, hasta el mago.

Humberto: ¿Qué mago? **Enrique:** El de la cuerda.

Humberto: ¿Cuál cuerda?

Enrique: El trapecista.

**Humberto:** No sé de qué hablás.

Enrique: ¿Cómo no te acordás? Era la historia que más contaba mamá.

Humberto: Estoy bromeando. Sí me acuerdo.

Enrique: Dejá de tomarme el pelo entonces, no soy tu payaso.

Humberto: Lo siento, solo no me gusta recordar las historias del mago.

Enrique: ¿Por qué?

Humberto: Odiaba cuando la historia trataba del truco de desaparecer.

Enrique: Era el mejor truco.

Humberto: No. No me gusta cuando la gente desaparece, cuando se va. El mago siempre se va.

Enrique: Relajate, te lo tomás todo tan en serio. Igual, no creo que fuera mago, es decir, no de verdad.

**Humberto:** Claro que sí. Mamá hablaba de él, ¡era un mago! Y no solo eso, era salvadoreño, igual que yo.

**Enrique:** Seguro era un impostor.

**Humberto:** ¿Por qué decis eso?

**Enrique:** Porque si era salvadoreño, era un impostor.

Humberto: ¡Mamá no nos iba a hablar de un impostor! ¿Cómo iba a inventar mamá las caminatas del mago en la cuerda? ¡Lo contaba como si lo hubiera visto! Así que no, no pueden ser mentiras.

Enrique: (Observa a Humberto con desprecio y lo empuja). Yo sé un poco más del mago y no te voy a decir.

**Humberto:** ¡Ay! No me empujés. (Lo pellizca en el brazo). Decime, decime: ¿Qué más sabés? ¿Qué más sabés del mago?

Enrique se ríe de manera burlona y se mete la mano en la bolsa derecha del pantalón. Humberto lo ignora.

Humberto se acomoda en el asiento y empieza a contar en voz alta cuántos árboles ve en el camino. Enrique lo observa.

**Enrique:** Los números son aburridos.

**Humberto:** Mentiras, los números explican cosas.

Enrique: ¿Qué cosas?

**Humberto:** La vida.

Enrique: ¿Cómo aprendemos a contar?

**Humberto:** Con el cerebro.

Enrique: ¿Cómo funciona el cerebro?

**Humberto:** Gracias a la conexión de nuestras neuronas.

Enrique: ¿Por qué tenemos neuronas?

Humberto: Porque así nos creó Dios.

Enrique: ¿Por qué Dios nos creó así?

Humberto: ¡No sé! ¡Preguntale!

Enrique: No me escucha, no lo veo, no está.

Silencio largo, incómodo.

Humberto observa a Enrique. Silencio breve, pausa... Enrique lo interrumpe.

Enrique: Quizá...

Pausa de pocos segundos en la conversación.

Humberto: ¿Qué?

Enrique: Mamá está en el cielo. Quizá si le hablo a ella, ella pueda preguntarle a Dios.

**Humberto:** ¿A Dios? Quizá... (Ambos niños se abrazan, pero rápidamente se sueltan, como sintiéndose apenados).

Silencio de varios segundos entre ambos. Silencio largo. Silencio prolongado. Un suspiro. Enrique decide cambiar la conversación de golpe.

Enrique: ¿Te gusta leer?

**Humberto:** (Aún contando los árboles en la carretera. Observa a Enrique). ¿Por qué preguntás eso?

Enrique: Solo es una pregunta, ¿te gusta leer o no?

Humberto guarda silencio.

Enrique guarda silencio.

**Humberto:** Te querés burlar de mí.

Enrique: No me quiero burlar, solo pregunté si te gustaba leer y no respondés.

Humberto: Sí, sí me gusta leer. ¿Acaso te trajiste algún libro de mamá?

Enrique: No, algo mejor. Pero si no adivinás no te lo doy.

Humberto: Un periódico.

Enrique: No, el abuelo los botó.

**Humberto:** Una revista.

**Enrique:** ¡No!

**Humberto:** ¡Los pakines!

**Enrique:** Van en la maleta café.

**Humberto:** Entonces no sé, ya no quiero jugar.

Enrique: Qué rápido te rendís. Dale una vez más, tiene que ver con el mago.

Humberto: ¿Le robaste el diario a mamá, donde escribía las historias?

**Enrique:** Claro que no. Ese diario lo tiene la abuela, pero casi.

**Humberto:** Tengo dos chocolates, si te los doy, ¿me decís?

Enrique: ¿Llevan maní?

**Humberto:** Y avellanas.

Enrique: ¿De dónde sacaste chocolates con maní y avellanas? ¡Valen más de cincuenta lempiras!

**Humberto:** No te voy a decir.

**Enrique:** ¡Te los robaste! ¡Le diré al abuelo!

**Humberto:** ¡Callate, Enrique!

Enrique comienza a tocar efusivamente la ventanilla que da a la cabina.

Humberto: ¡Enrique!

La abuela abre la ventanilla y observa molesta a ambos niños.

Abuela: ¿Por qué tanto ruido? ¿Qué les pasa?

Enrique riéndose.

Humberto: No pasa nada, abuela.

Abuela: ¿Vos tocaste, Enrique? ¿Qué querés? ¿Qué pasa? ¿No pueden callarse por un minuto?

Humberto: Fui yo, abuela...

Abuela: ¡Ya estás igual de revoltoso que Enrique! ¿Qué querés, Humberto? ¿Qué quieren? ¡Hablen! ¡Voy cansada, quiero descansar!

**Enrique:** Quiero hacer pipí.

Abuela: No tenemos más de cinco horas de haber salido, ¿no pudiste ir antes de salir de la casa?

**Enrique:** Es que me tomé un litro de agua, quiero hacer pipí.

**Abuela:** Parado te vas a orinar, aquí no podemos parar. Voy a cerrar esta ventana y los quiero a los dos callados. Siéntense, duérmanse, qué sé yo, pero dejen de joder por un rato.

La abuela cierra la ventanilla.

**Humberto:** ¿De verdad querés hacer pipí?

Enrique: No.

**Humberto:** ¿Por qué lo dijiste entonces?

**Enrique:** Porque con eso se iba a terminar de enojar y cerrar la ventanilla.

**Humberto:** ¿Ves lo que provocás? Yo ni me robé los chocolates.

**Enrique:** ¿Entonces?

**Humberto:** ¿Entonces qué?

**Enrique:** ¿De dónde los sacaste? Decime.

**Humberto:** Qué molestás, Enrique.

**Enrique:** ¿Por qué no querés decirme?

**Humberto:** Porque siempre te burlás.

**Enrique:** No me voy a burlar, te lo prometo.

Humberto: Los compré... con dinero de la ofrenda.

Enrique: ¿Cuál ofrenda?

Humberto: La que da la gente en la iglesia.

**Enrique:** ¡No inventés! ¿Te robaste la ofrenda?

Humberto: ¡No! ¿Acaso creés que quiero ir al infierno? El padre Juan la repartió el jueves, la compartió entre todos los que ayudamos en la iglesia... Bueno, la repartió con quienes somos salvadoreños.

Enrique: ¿Por qué?

Humberto: No sé, solo nos dijo que podíamos necesitar algo de dinero estos días.

Enrique: ¿Por qué pensaste que me iba a burlar?

**Humberto:** Porque siempre te burlás cuando sabés que voy a la iglesia.

Enrique: Puesí, cuando rezás, pero esta es otra cosa. Cuando lleguemos a El Salvador iré, quizá ahí los padres también regalen la ofrenda, quizá en El Salvador se la den a quienes somos hondureños. (Se ríe).

Humberto: Así podrías comprar chocolates con avellanas.

**Enrique:** Y tacos fritos.

**Humberto:** Y capiruchos.

Enrique: Y para mientras, nos ganamos el pase al cielo por ayudar en la

misa.

Ambos niños ríen.

**Enrique:** ¿Me los vas a dar, entonces?

**Humberto:** Sí, pero vos decime el secreto.

**Enrique:** Vos primero.

Humberto: A la cuenta de tres...

Enrique: ¡Cheque! Uno...

Humberto: Dos...

Enrique y Humberto: ¡Tres!

Humberto le entrega los dos chocolates a Enrique, mientras Enrique se saca del bolsillo una hoja de papel con destinatario en Honduras y remitente de El Salvador. La carta va amarrada con un listón verde manzana. Enrique se la entrega a Humberto.

Humberto: ¿Qué es esto?

Enrique: Una carta.

Humberto abre la carta y la lee. La carta es del mago a su mamá.

Humberto confundido no comprende bien el contenido de la carta, pues tiene partes que están escritas en taquigrafía, por lo que empieza a decir en voz

alta las palabras/frases que comprende, mientras Enrique se acerca y lee junto a él.

Humberto: "Hablales de mí".

Enrique: "¿Cómo están?"

Humberto: "Ojalá les guste el fútbol".

Enrique: "Volvé".

Humberto: "Sigo en el circo".

Enrique: "El mago".

**Humberto:** (Dobla la carta). ¿Qué es esto?

Enrique: Una carta.

**Humberto:** ¡Ya sé que es una carta! Pero no entiendo.

**Enrique:** No sé, más de la mitad de esa carta ni se entiende. Pensé que yo

era el que tenía mala letra, pero el mago me ganó.

Humberto: No es mala letra, es taquigrafía. ¿Quién es el mago?

**Enrique:** Un impostor.

Humberto: Necesito conocerlo. La carta se envió desde El Salvador, eso sí

lo entendí.

Enrique: ¿Para qué querés conocerlo? ¿Para que te enseñe taquigrafía?

Humberto: No.

Enrique: ¿Entonces?

**Humberto:** Necesito preguntarle... si él... si de verdad...

Enrique: ¿Si de verdad qué?

Humberto: ¡Si de verdad sabe hacer magia!

Enrique: Qué necesidad más absurda. Podés hacerle mejores preguntas.

Humberto: ¿El qué?

Enrique en silencio.

El camión se detiene, se orillan.

6:00 p. m.

El abuelo toca con fuerza la ventanilla que da al compartimiento de los niños. Humberto se quarda la carta en el pantalón, mientras Enrique se limpia la boca llena de chocolate.

Abuelo: Está anocheciendo, será mejor que descansemos. (Abre la ventanilla).

El cielo se empieza a iluminar. Hace frío, la luz es tenue. Hay luna nueva esta noche.

Tío: Mamá, ¿qué hay de comer?

**Abuela:** Huevos duros, pastelitos de carne y tustacas. (Se dirige a todos). ¿Todos van a querer?

Enrique, Humberto, Abuelo, Tío: (A una sola voz). Sí.

Abuela: Tengo antojo de un tamal, pero no de un tamal cualquiera, de tamal pisque... Hace un montón que no los como... No sé cómo los dejé de hacer.

Humberto: ¿Tamales pisques? ¿Qué son los tamales pisques? ¿Son como las montucas?

Abuela: Casi, pero no. La masa de los tamales pisques es de maíz sazonada y se rellenan con frijoles picantes, después se envuelven en hoja de plátano.

**Humberto:** No son montucas.

Abuelo: Son aún mejores que las montucas.

**Humberto:** No creo, abuela. Nada que sea salvadoreño puede ser mejor que las montucas... No me incluya en esa comida si un día la hace, yo no quiero probar esos tales tamales pisques.

Enrique: Yo sí.

**Humberto:** ¿Vos sí? ¿Por qué?

**Enrique:** Para comparar los sabores. Obviamente las montucas hondureñas deben ser mejores, solo quiero asegurarme.

**Abuela:** Cuando lleguemos les haré algunos, les van a gustar un montón.

Humberto: No comeré ese día.

**Abuela:** ¡Niño malcriado! (Le jala la oreja a Humberto).

**Humberto:** ¡Ay! ¡Abuela!

**Abuela:** Eso es para que dejés de estar de malcriado.

Humberto se soba la oreja.

**Tío:** (Muerde un pastelito de carne). Recuerden dejar reserva, no podemos comprar nada durante el camino.

Abuelo: Ya vamos a mitad de camino, vamos a lograrlo... estoy seguro.

**Abuela:** Vamos a lograrlo con la ayuda de Dios. (Aprieta su rosario).

Enrique: Vamos a lograrlo gracias a que el tío maneja.

El tío sonríe por primera vez durante todo el camino.

Humberto se nota nervioso, cruza las manos una y otra vez. Empieza a sudar, se pasa la mano por la boca, respira, cuenta hasta diez y vuelve a respirar.

**Humberto:** Quiero preguntarles algo... (Se dirige a los abuelos).

**Abuelo:** (Masticando un pastelito de carne). Ajá, ¿qué pasó?

Humberto: ¿Me contestarán?

**Abuelo:** Siempre y cuando hagás preguntas coherentes.

Humberto: ¿Por qué somos nómadas?

**Abuelo:** ¿A qué te referís?

**Humberto:** ¿Por qué nos ha tocado huir? ¿Qué tiene de malo nuestra familia?

**Abuelo:** No tenemos nada de malo. (Deja a un lado el pastelito de carne).

**Humberto:** ¿Está seguro? Al salir la abuela dijo que no era la primera vez, ¿por qué huimos tanto?

Abuela: Circunstancias...

Humberto: ¿Circunstancias?

**Abuelo:** Problemas...

Abuela: Orgullo...

**Humberto:** No entiendo.

Abuelo: No importa, sos solo un niño. Mirá, mejor comé. (Le alcanza a Humberto un plato con huevo duro, un pastelito de carne y un vaso con café).

**Humberto:** (Toma el plato y el café). Siempre dicen eso.

Abuela: ¿Qué cosa, hijo?

Humberto: Que soy solo un niño. Que lo sea no significa que no pueda preguntarme cosas de nuestra familia.

Abuelo: ¿Qué tanta curiosidad tenés?

Humberto: No sé. Por ejemplo, ¿por qué Enrique es hondureño y yo no? ¿por qué mamá extrañaba tanto El Salvador? ¿por qué estalló esta guerra? ¿por qué mis amigos dejaron de reunirse conmigo y me decían guanaco?

**Enrique:** Ah, por tu culpa a mí también me decían guanaco y yo no lo soy. Me tocó la peor parte siempre.

Humberto: Lo siento.

Enrique: (Empieza a cantar). "Ni un volcán, ni un volcán".

Abuelo: Son demasiadas preguntas y yo estoy cansado.

Humberto: Siempre es lo mismo. Cuando no quiere responder dice que está cansado.

**Abuela:** Niño, no seás insolente. Mirá que el abuelo no ha estado muy bien de salud.

**Abuelo:** Ya me hartó esa preguntadera. Tenemos que dormir.

**Abuela:** No estás bien de salud.

Abuelo: ¿Acaso sos médico, Juana?

**Abuela:** No te comportés así.

Abuelo: ¡Estoy bien! Dejá de verme como si fuera un viejo decrépito.

**Abuela:** Yo no dije eso, calmate.

El abuelo observa a los demás miembros de la familia de manera dominante.

Abuelo: Tenemos que dormir.

Silencio de todos.

Humberto: Otro día sin una respuesta.

**Abuela:** Y así seguirá hasta que entendás que no es asunto tuyo.

Enrique: (Continúa cantando). "Y se ven en su fondo sagrado, cinco estrellas de pálido azul".

Humberto: (Molesto). Buenas noches. (Con el plato de comida sin terminar).

Abuela: Buenas noches.

Abuelo: Que descansen.

**Tío:** Como si se pudiera. (El tío cierra los ojos y se coloca las manos en la cabeza).

**Enrique:** (Toma la mitad del pastelito que Humberto dejó). Buenas noches.

Se cierra la ventanilla que da a los compartimientos donde van los niños. Ambos niños están acostados.

**Humberto:** No quisieron responder nada.

Enrique: Nunca quieren responder nada.

Humberto: Solo ellos pueden traducir esta carta. Los abuelos y el tío saben taquigrafia.

Enrique: Insistís demasiado.

**Humberto:** ¡Vos me diste la carta!

Enrique: ¡Era un juego! Te tomás todo demasiado en serio.

**Humberto:** No entendés. Necesito saber si el mago sabe hacer magia.

Enrique: Si se hace llamar el mago, obviamente te dirá que sabe hacer

magia. ¿De verdad eso querés preguntarle?

Humberto: ¿Qué más?

Enrique: No sé.

Humberto: Decime.

Enrique: Dejame dormir.

Humberto: ¿Ya viste la luna?

Enrique: Ni se ve.

Humberto: Es porque es luna nueva, además sí se logra ver. ¿Acaso no ves

esa luz finita que la rodea? ¡Así se puede ver que es una luna

nueva!

**Enrique:** Es más bonita cuando está toda amarilla, cuando parece foco.

**Humberto:** Cuando está así se llama luna llena.

Enrique: Como sea...

**Humberto:** Me gusta la luna nueva.

Enrique: ¿Por qué?

Humberto: Mamá decía que nací en luna nueva.

**Enrique:** Qué aburrido. Sigo sin verle la gracia a esa luna.

Enrique se recuesta entre las mantas que lleva. Pretende que Humberto lo deje dormir, pero Humberto continúa hablando.

Humberto: La luna nueva significa comienzos, mamá lo decía todo el tiempo.

En la ventana del camión se refleja la luna. Humberto la observa un par de segundos como esperando que algo pase... nada pasa... Hasta que de pronto...

Humberto: ¡La luna se va a caer!

Enrique: (Se levanta de un tirón). ¿Qué decís?

**Humberto:** ¡Que la luna se va a caer!

Enrique: Estás loco.

**Humberto:** ¡Mirá, pues! ¡Acercate! ¡Mirá!

Enrique se acerca a la ventana y no ve nada.

Enrique: Dejá de inventar.

Enrique se da la vuelta, se acuesta y se pone una manta en la cabeza.

Humberto observa la silueta que aparece en la luna completamente abrumado.

**Humberto:** (Con la mirada fija en el vidrio del camión que refleja la luna). ¿Cómo puede haber acróbatas en la luna?

Enrique se quita la manta de la cabeza, observa a Humberto en silencio, mientras la silueta que ve Humberto se disuelve por completo.

Humberto se acuesta, una luz tenue se cuela por las rendijas del camión. Se arropa con una manta, observa las rendijas donde se cuela la luz, se quita la manta, vuelve a ver las rendijas, intenta mantenerse despierto, cierra los ojos dejando de ver la luz, se queda dormido.

La familia duerme dentro del camión. Se escuchan voces afuera. Alguien golpea con fuerza la ventanilla delantera. Todos se despiertan asustados.

**Abuela:** ¡Jesucristo sacramentado!

Abuelo: (Susurrando). Guarden la calma.

Enrique abre despacio la ventanilla que da al compartimiento de adelante.

Enrique: ¿Qué fue eso?

Vuelven a tocar con fuerza la ventanilla delantera.

**Tío:** No abrir será peor, vamos a generar sospechas.

**Abuelo:** Nadie diga nada, yo hablaré con quién sea que esté afuera.

**Abuela:** Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios.

La familia abre la ventanilla del camión. Afuera dos hombres uniformados con la bandera de Honduras bordada. Ambos cargan un fusil.

Soldado 1: Buenas noches.

**Abuelo:** Buenas noches, caballeros.

Soldado 2: Es una noche oscura, casi no hay luna. ¿Qué hacen a esta hora en medio de la carretera?

Abuelo: Nosotros... nosotros, vamos de paseo.

**Soldado 1:** ¿De madrugada?

Abuelo: Nos gusta viajar de noche.

Soldado 2: Pero no iban viajando, estaban dormidos. (Apunta con una lámpara el rostro de los tres miembros de la familia que van adelante).

**Tío:** Salimos hace unas horas y soy el único que sabe manejar, estaba muy cansado y decidimos descansar un poco.

**Soldado 2:** ¿Y se puede saber hacia dónde se dirigen?

Abuelo: Vamos a Choluteca.

Soldado 1: Choluteca está siendo bombardeada.

Abuelo: La guerra debe terminar pronto. Además, tenemos familia ahí, necesitamos llegar a verlos.

**Soldado 1:** Les voy a pedir sus documentos, por favor.

La abuela aprieta el rosario con tanta fuerza que la cruz se le inserta en la palma de la mano haciéndola sangrar.

**Abuelo:** ¿Para qué quieren nuestros documentos?

Soldado 2: ¡Viejo insolente! Aquí no preguntás por qué, aquí obedecés. Respetá el uniforme. ¿O acaso ocultan algo?

Tío: No ocultamos nada. Si quieren los documentos tendrán que esperarnos porque van en el maletero. Sepa Dios en qué maleta.

**Soldado 1:** Así que llevan muchas maletas.

Abuelo: Sí, somos varios, y serán muchos días fuera de casa.

**Soldado 1:** Abran el maletero.

**Abuelo:** ¿De verdad es necesario?

Soldado 2: Me estás cansando, viejo insolente, ¡abran el puto maletero!

Enrique abre la ventanilla lateral, dejándose ver junto a Humberto. Los dos hombres los observan.

Enrique: ¡Hola!

Soldado 2: Hola, güiro.

**Soldado 1:** Qué pelo más feo tenés, parecés un panal de abeja.

Enrique desconcertado se coloca un gorro que lleva en el asiento.

Humberto: ¡Qué comentario más ridículo!

Soldado 1: ¿Disculpá?

Humberto: Sí, lo disculpo.

Soldado 1: ¡Güiro estúpido! ¡Insolente! Sos igual a este viejo. (Dirigiéndose al abuelo).

Humberto: Usted se burló de mi hermano. Nadie le ha dicho nada de lo feo que se le ve ese diente de oro. Uno no se mete con el físico de los demás, ¿nadie le enseñó eso en su casa?

**Soldado 1:** (Golpea con el arma la ventana del camión). ¡Respetá el uniforme, respetá el uniforme, niño pendejo!

Soldado 2: ¡Den los putos documentos! ¡Este chamaco ya me hartó! ¡Chamaco tonto!

Enrique: (Cantando). "Tu bandera, tu bandera, es un lampo de cielo, por un bloque, por un bloque, de nieve cruzado".

Soldado 1 y Soldado 2 ven a Enrique con asombro.

Enrique: "Y al mirar tu belleza extasiado al influjo ideal de tu encanto".

**Tío:** (Uniéndose al canto de Enrique). "La orla azul de tu espléndido manto con su beso de amor consagró".

**Abuelo:** (Toma la mano de su esposa y canta). "De un país donde el sol se levanta, más allá del atlante azulado, aquel hombre te había soñado".

Humberto, Enrique, Abuelos, Tío: (A una sola voz). "Y se ven en su fondo sagrado, cinco estrellas de pálido azul, en tu emblema, que un mar rumoroso, con sus ondas bravías escuda...".

**Soldados 1 y 2:** (Tiran los fusiles y con la mano en el pecho cantan). "De un volcán, tras la cima desnuda hay un astro de nítida luz". (Comienzan a llorar de emoción).

Enrique se quita el gorro, muestra por la ventanilla su partida de nacimiento para demostrar que es hondureño. Los soldados lo ignoran.

**Soldado 2:** ¡Vamos a ganar esta guerra contra los guanacos!

**Soldado 1:** ¡Por una Honduras libre de guanacos!

**Enrique:** ¡Viva Honduras!

Soldado 2: (A la familia). Disculpen el mal rato, se nota que aman los colores de nuestra patria. Son hondureños de pura cepa.

Abuelo: Desde que eran más pequeños les enseñamos el himno. Es importante para nosotros.

Soldado 2: (A Humberto). No sos insolente, chamaco, sos un hondureño arrecho, todos lo son. (A Humberto y Enrique). Algún día van a vestir estos uniformes.

**Humberto:** Estoy ansioso.

**Enrique:** Y cargaremos un fusil como ese.

**Soldado 2:** ¡Por nuestra patria!

**Soldado 1:** Pueden irse. Que tengan un buen viaje, paisanos.

**Tio:** Gracias, ¡luchen por nuestro país!

Soldado 2: ¡Hasta morir!

El camión arranca mientras los niños dicen adiós con la mano a los soldados.

Soldado 1: El himno fue la mayor prueba de que son hondureños.

Soldado 2: Ahuevo. Los salvadoreños son tontos, jamás hubieran podido aprenderse un himno, o enseñarlo.

**Soldado 1:** ¿Tontos? ¡Pendejos!

Ambos soldados se ríen de manera escandalosa.

Continúan caminando por la carretera, lanzan un disparo para hacer sentir su presencia.

El brillo que surge de la luna nueva es tan fuerte que hace que Humberto la observe. En lugar de la luna, aparece una joven, un hombre, un baile. El baile dura unos pocos segundos, la escena se esfuma. La luna vuelve a tomar su lugar.

**Humberto:** (A Enrique). ¿Los viste?

Enrique: ¿A los soldados?

Humberto: ¡No! La luna... el baile...

Enrique: ¿Qué? ¿De qué hablás?

Humberto: Era el mago y no estaba solo. Ya no había cuerda.

Enrique: ¿Cuál cuerda?

Humberto: La cuerda del mago.

Enrique: No sé de qué hablás.

Humberto observa la luna. Enrique observa a Humberto.

El camión en marcha. Humberto en el compartimiento trasero abre una y otra vez la carta del mago, se desespera. La ventanilla está abierta.

Abuelo: Estuvo cerca.

Abuela: Padre, Hijo y Espíritu Santo nos han cubierto.

**Abuelo:** Pensé que no la libraríamos.

Enrique: Los salvé.

Abuela: Ya ves cómo es de importante que Humberto te enseñe cosas que no sabés. No me di cuenta cómo de pronto todos nos unimos a una

sola voz.

**Humberto:** Los niños también podemos ser útiles, ¿lo ven?

**Tío:** Lo vemos.

Humberto: Hablando de otra cosa, ¿podrían hacerme un favor?

Abuelo: A ver, decinos.

**Humberto:** ¿Ustedes saben taquigrafía?

**Abuela:** Sí, ¿querés aprender?

Humberto: Sí, bueno, después. Ahorita quiero que me ayuden a traducir algo.

Abuelo: ¿Qué cosa?

Humberto saca de su pantalón la carta, le quita el listón verde y se la entrega a su abuelo.

Humberto: Casi toda está escrita con taquigrafía, solo algunas palabras son comprensibles y he intentado guiarme de ellas, pero resultan ser solo palabras, sin conexiones reales. Mago, mamá, El Salvador, ftbol, fmilia, novmbr...

Humberto es interrumpido por el abuelo.

**Abuelo:** ¿De dónde sacaste esto?

**Humberto:** Eso no importa, solo quiero que me ayuden a traducirla.

El abuelo levanta el tono de voz, casi gritando.

**Abuelo:** ¿De dónde sacaste esto?

Abuela: Antonio...

De pronto el camión empieza a hacer un ruido fuerte. Enrique se percata de que uno de los espejos ha salido volando.

**Enrique:** ¡Se cayó el espejo!

Humberto: ¿Qué les cuesta ayudarme? ¿Quién es este mago? ¿Por qué vive en El Salvador? ¡Es salvadoreño como yo!

**Tío:** (Manejando con calma). Cállense, por favor.

Abuelo: ¡Nosotros somos salvadoreños como vos, Humberto!

Humberto: Deme la carta.

**Enrique:** ¡Miren, ya no tenemos un espejo!

**Abuelo:** No, esta carta queda confiscada.

**Humberto:** No es justo. Abuela, ¡ayúdeme usted!

**Abuela:** No puedo hacer nada, Humberto.

Humberto: Usted nunca hace nada sin que el abuelo acceda, ¿por qué me ocultan tantas cosas?

El camión da un giro violento.

Tío: (Molesto). ¡Cállense! Me están desconcentrando. Humberto, eso no es importante, ya comportate.

**Enrique:** ¡Tío! ¡Escúcheme! ¡Regresemos, el espejo salió volando!

**Abuelo:** Esta carta jamás tuvo que llegar a tus manos, jamás tuvo siquiera que existir.

**Humberto:** ¿Qué es tan grave que no quieren que sepa?

**Abuelo:** Todo.

**Humberto:** ¿Qué es todo?

Abuelo: ¡Silencio! ¡Esta conversación ha terminado!

**Humberto:** ¡Ni siquiera ha empezado! ¿Por qué me ocultan mi vida? Llevo doce años viviendo en un país que no es el mío, de la noche a la mañana me suben a un camión sin preguntarme mi opinión y me

dicen que nos iremos a El Salvador, jotra vez sin responderme las razones!

**Tío:** ¡Por la gran puta! ¡Que se callen les digo!

El camión se tambalea y se va de lado, como si una llanta estuviera a punto de desinflarse. El movimiento hace que la familia se golpee en los asientos, no le toman mayor importancia.

Abuelo: La razón es la guerra, entendé. Pensé que eras más centrado, Humberto.

Humberto: Y luego, cuando todo parecía perdido, encuentro esta carta que está llena de respuestas que no puedo leer, pido su ayuda y me la niegan. Necesito encontrar a este mago que menciona mamá, ella hablaba de él en sus historias.

Abuela: ¿Qué historias?

El tío da un frenazo violento.

Enrique: Mamá nos contaba historias fantásticas para dormir. En algunas mencionaba al trapecista, magnífico circense mago un salvadoreño.

Abuelo: ¡Son historias nada más!

Humberto: No son historias, ¿quién es el mago?

Abuelo: Nadie.

Humberto: ¡Abuela! ¿Quién es el mago?

La abuela comienza a llorar.

Humberto: Tío, ¿quién es el mago? ¡Ayúdeme!

**Tío:** ¡Yo qué voy a saber! (*Empieza a respirar agitado*).

**Enrique:** Primero el humo, luego el espejo, y ahora esa llanta que parece chueca.

El tío para el camión, solo Enrique se percata en un inicio.

Enrique: Paramos.

**Humberto:** Necesito saber.

Abuelo: Necesitás callarte.

**Humberto:** Es importante.

**Abuelo:** Es ridículo. (Rompe la carta).

**Humberto:** ¡Abuelo!

**Abuelo:** Es suficiente. Este tema no se volverá a tocar.

**Humberto:** ¡Necesito preguntarle!

Abuelo: ¿Preguntarme qué?

Humberto: Preguntarle al mago. Necesito preguntarle si sabe hacer magia

(comienza a llorar), necesito saber...

Abuelo: ¿Magia?

El abuelo se da cuenta de que el camión ha detenido la marcha.

Abuelo: ¿Por qué paramos?

**Enrique:** Hasta hoy se dan cuenta.

El tío empieza a respirar aún más agitado.

Abuelo: Federico, te estoy hablando, ¿por qué parás?

El tío no responde. Enrique los mira asustado. Humberto con la vista fija en el abuelo, la abuela reza.

**Tio:** Yo no pienso seguir con esta payasada.

**Abuelo:** ¿Qué estás diciendo?

**Tío:** No manejo más.

Abuelo: ¿Qué carajos te pasa, Federico?

**Tio:** Estoy harto.

El tío empieza a temblar.

Abuelo: ¡Federico!

El tío no reacciona.

**Abuelo:** ¡Federico!

**Tío:** ¡Vean qué demonios hacen! ¡Yo me regreso a Siguatepeque, aunque sea caminando!

El tío se baja del camión, camina unos cuantos pasos y se sienta a la orilla de la carretera.

5:00 a.m.

El sol comienza a salir. Se observa en la carretera una fila interminable de afiches en contra de los salvadoreños.

Enrique lee en voz alta uno que le llama la atención.

Enrique: "Guanaco, si sos decente, andate de nuestro país". Yo soy decente.

**Humberto**: Callate, Enrique.

Enrique: ¿Por qué te enojás conmigo? ¿Acaso yo te rompí la carta?

Abuelo: Cállense los dos.

**Humberto:** No, pero vos me la diste.

**Abuelo:** (A Enrique). ¿De dónde la sacaste, Enrique?

Enrique: Eso qué importa.

**Abuelo:** ¿De dónde la sacaste? ¡Respondeme cuando te pregunte algo!

**Enrique:** (Asustado). De... de las... cosas.

Abuelo: ¿Cosas? ¿Qué cosas?

Enrique: (Llorando). De... mamá... las cajas.

Abuela: ¿Las que guardamos en el cuartito?

Abuelo: ¿De qué están hablando, Juana?

Abuela: Cuando Esperanza murió, guardé muchas de sus pertenencias en el cuartito. Ahí iba esa carta.

Abuelo: ¿Por qué no la rompiste?

Humberto: ¡Los detesto! Hablan de esto frente a mí como si yo no estuviera escuchándolos. Otra vez, otra vez me ignoran, ¡siempre me ignoran!

Abuelo: Esta conversación ha terminado, Humberto. Esta conversación nos ha jodido el viaje, ¿estás contento?

Humberto: No.

**Abuela:** (A Humberto). Hijo...

Humberto se baja molesto del camión. Se dirige hacia donde está sentado el tío, y se sienta a su lado.

Humberto: (Comienza a llorar). Tío...

El tío no responde. Tiene la mirada fija hacia las montañas, las manos entrelazadas.

Humberto: Tío, discúlpeme. No quise, de verdad no quise molestarlo ni hacer que ya no quisiera manejar. Yo solo quería saber.

El tío no se inmuta.

Humberto: Quería saber quién era el mago, quería saber porque creo que él podría ser... creo que él podría... creo que él sabe hacer magia.

El tío lo mira, pero sin decir palabra.

Humberto: Sé que usted tampoco quiere llegar a El Salvador, pero entiéndame. Haber encontrado esa carta me hace querer tener

una razón.

Tío: (Con voz suave). ¿Una razón?

Humberto: Sí (continúa llorando), una razón para llegar.

Tío: Yo no tengo una razón.

Humberto abraza al tío, mientras los abuelos y Enrique los observan dentro del camión.

Humberto: Siempre hay una razón.

Tío: ¿Cuál es la mía?

**Humberto:** Llegar para darse cuenta de que tiene un motivo grande para volver.

**Tío:** No sé cuándo pueda volver. No sé si ella vaya a esperarme.

**Humberto**: Tío *(con calma empieza a limpiarse las lágrimas)*, le prometo que cuando se pueda volver yo voy a acompañarlo.

El tío se saca del pantalón un trocito de papel y se lo da a Humberto.

Humberto: ¿Qué es esto?

**Tío:** No toda la verdad pudo ser destruida, cayó debajo del volante durante la pelea y lo guardé.

Humberto: (Se termina de limpiar las lágrimas). ¿Un pedazo de la carta?

**Tío:** Un pedazo de verdad.

Humberto abre el trocito de papel e intenta descifrarlo. Entre tinta borrada y arrugada se lee: Esperanza.

**Humberto:** Es casi el inicio de la carta, es el nombre de mamá.

**Tío:** El inicio de la carta, ya solo te falta encontrar el final.

Ambos se quedan en silencio.

El abuelo enciende la radio. El presidente de Honduras anuncia que guedan dieciséis horas del cese al fuego. En poco tiempo las tropas hondureñas se moverán a la frontera a interceptar la entrada de salvadoreños.

Enrique se baja del camión y se sube a un árbol.

El abuelo golpea la radio.

**Abuelo:** (A Juana). Estamos perdiendo el tiempo.

Abuela: Está muy afectado.

Abuelo: ¿Y qué querés que haga? ¿Es mi culpa? ¡Te dije que rompieras esa carta!

Abuela: No podía.

Abuelo: Quiere explicaciones, ¿qué le vas a decir?

**Abuela:** Estoy cansada de huir, quizá por ahí deberíamos empezar.

**Abuelo:** No estamos huyendo.

Abuela: ¿No? ¿De verdad? ¿Y esto qué es, Antonio? ¿Un día de pícnic?

**Abuelo:** ¡Fuimos amenazados!

**Abuela:** ¡No me refiero a eso! ¡Nunca quise venirme de El Salvador!

**Abuelo:** ¡Era vergonzoso!

**Abuela:** ¿El qué? ¿Los malos negocios? ¡Eso se podía reparar!

**Abuelo:** Sabés que no me refiero a eso.

Abuela: ¿La política? ¿Qué? ¿Vos y tu familia apoyando a los militares que con gusto les dieron la espalda?

**Abuelo:** Ni siguiera eso me dolió tanto.

Abuela: ¿Los caballos perdidos?

Abuelo: ¡No!

Abuela: ¿Qué cosa, Antonio? ¿Las traiciones de tus hermanos? ¡Me convertiste en nómada, cuando eran cosas que se podían arreglar!

Abuelo: ¡Nada de eso era tan grave!

Abuela: ¿Entonces qué? Decime, porque llevo doce años en este país sin respuestas, sin razones, aferrándome a un rosario para entender la manera de actuar de Dios. ¡De ese Dios que cada vez nos abandona más!

El abuelo se esfuerza por no llorar, se toca la garganta pues tiene un rebalse de tristeza acumulada.

Abuela: ¿Entonces qué?

El abuelo continúa apretándose la garganta. La agitación aumenta, empieza a sudar, su respiración se acelera.

Abuela: ¡Antonio! ¡Decí algo!

Abuelo: (Casi gritando). ¡Era un circense, Juana! Un circense ateo, un circense sin futuro. ¿Eso querías para ella? Eso me dolió más que los caballos, que la política, que los malos negocios, ¡que las traiciones de mis hermanos!

Abuela: (Asustada intenta tomarle la mano a Antonio, este la suelta). No era

tan grave...

Abuelo: (Continúa casi gritando). ¿Y la decepción que me dio, dónde la

dejás?

Abuela: Se casó con ella.

Abuelo: ¡Iba a ser miserable! ¡No podía permitir que mi primogénita fuera miserable y tuviera una vida de nómada en un circo, de pueblo en pueblo!

Abuela: ¡Pero era su decisión! ¡Ahora está muerta!

La abuela empieza a llorar.

Abuelo: Juana...

La abuela continúa llorando sin poder calmarse.

Abuelo: Juana, no murió a causa de eso, lo sabés, estaba enferma... lo sabés.

Abuela: (Llorando). Sí, pero a veces pienso que su destino pudo ser diferente. Quizá no hubiese muerto si se hubiera quedado en El Salvador.

**Abuelo:** Una cosa no se relaciona con la otra.

**Abuela:** Esperanza...

**Abuelo:** Buscas una respuesta, una razón, y no la hay. Hicimos lo correcto.

Abuela: Tenés que hablar con Federico. No seás tan duro con él.

Abuelo: Intento que haga lo correcto. Que asuma su papel de hijo, que sea responsable, ¿es mucho pedir?

Abuela: Él también lo dejó todo. Está en la misma situación de Esperanza cuando migramos a Honduras. No quiero equivocarme de nuevo.

Enrique lanza al suelo algunas hojas que está cortando del árbol, mientras Humberto y el tío se le quedan viendo y con un gesto lo invitan a bajar. Enrique baja y se sienta con ellos. Los tres sonríen.

**Enrique:** El Salvador no será tan malo conmigo, ¿verdad?

**Tío:** Claro que no, es un gran país. Los salvadoreños somos una gran cosa. (Sonrie orgulloso).

Enrique: Claro que usted es increíble, puede manejar ese camión. Cuando sea grande quiero manejarlo igual que usted. (A Humberto). Tenés que dejar ya esa historia del mago, solo nos está causando daño.

Humberto: Solo quería saber.

**Enrique:** Creo que en realidad ya sabés quién es el mago.

Humberto lo observa en silencio.

De pronto se escuchan varios disparos a pocos metros.

**Abuelo:** (Abre la puerta del camión y grita). ¡Súbanse!

Federico, Humberto y Enrique corren a refugiarse al camión.

Enrique: Otra vez en este camión...

Todos en silencio, menos la abuela que en voz baja empieza a recitar el avemaría.

12 del mediodía.

Humberto: ¿Por qué tantas cosas malas nos pasan? Pareciera una maldición.

Abuela: Es una maldición, una maldición de gobernantes ineptos. Como nosotros hay un montón de familias, Humberto. Centroamérica está llena de caminantes sin rumbo.

**Humberto:** No quiero ser nómada toda la vida.

**Abuela:** No lo vas a ser, vamos a dejar de serlo.

Abuelo: No nos distraigamos de lo que es realmente importante. Gracias a Dios, estamos bien, pero no debemos confiarnos. Los soldados se acercan a los pueblos vecinos con la frontera. Tenemos que desviar el camino.

**Humberto:** ¿Desviar?

Abuelo: Irnos por los matorrales, evitar las calles principales. Así pasaremos desapercibidos.

Toda la familia observa de reojo al tío. El tío no dice nada. Cambia la emisora de la radio.

**Abuelo:** Ah... aún... aún hay tiempo.

Abuela: Antonio...

El abuelo observa su reloj.

Abuelo: Aunque... no mucho, debemos darnos prisa. Aparte de que se acercan a los pueblos vecinos, el cielo se ve oscuro, pareciera que va a llover. Estamos en invierno.

**Abuela:** ¡Válgame Dios! ¡Que no llueva, solo eso nos hace falta!

Enrique: Yo sí quiero que llueva, pero que lluevan peces como en Yoro.

**Abuelo:** Enrique, callate. Esto no es un juego.

**Enrique:** La maestra nos contó que en Yoro llueven peces. ¿Eso es posible?

**Humberto:** Es una de las cosas que hacen a Honduras tan especial.

**Enrique:** ¿En El Salvador también llueven peces?

Abuelo: No, ya cállense. Estamos perdiendo el tiempo.

Enrique: ¡Es que no entiendo! ¿Cómo caen los peces del cielo?

**Abuelo:** En seis horas...

**Humberto:** Porque en Yoro el cielo y el mar es uno solo.

Enrique: ¿Por qué?

**Abuelo:** En seis horas van a interceptar la frontera...

**Humberto:** ¡No lo sé! ¡Ya te dije que hay cosas que debemos preguntárselas

a Dios!

Enrique se queda callado. Después de unos segundos suspira.

Enrique: Un día voy a conocer Yoro. Voy a ver como caen los peces y me voy a comer uno, o dos, o tres.

Abuelo: ¡Por la gran puta! ¡Solo tenemos seis horas! ¿No se dan cuenta?

Silencio.

**Humberto:** En El Salvador también se debe poder unir el cielo con el mar.

Enrique: ¿Creés?

Humberto: Sí, El Salvador también debe tener su Yoro, donde los caballos caminan en el mar y las tortugas marinas escalan montañas. Algo debe tener de especial.

Abuelo: ¿Juana? ¿Federico? ¿Acaso están sordos?

La abuela lo observa, pero no dice nada. El tío inmóvil.

Abuelo: ¿Por qué pareciera como si solo a mí me importara vivir?

La abuela observa al tío.

Enrique: ¡Que sí! ¡Que no! ¡Que caiga el chaparrón!

En la emisora de radio suena "Tu nombre me sabe a yerba" del español Joan Manuel Serrat.

El tío comienza a tratar de cambiar la emisora una y otra vez, mientras la familia lo observa asustada.

Tío: ¡Puta!

Continúa presionando el botón para cambiar de emisora.

Abuela: Hijo...

Tio: No quiero escucharla.

Abuela: No pasa nada, es una canción.

**Tío:** Ayudame...

Abuela: ¿A qué?

Tío: ¡Cambiá esa emisora!

El tío continúa presionando el botón para cambiar de emisora, pero entre más lo presiona más fuerte suena.

Tío: ¡No se apaga! ¡Apagala! ¡Que todo se apague! ¡Apagala!

Abuela: Federico...

**Tío:** No quiero razones (continúa presionando el botón, el cual empieza a calentarse como si fuera a explotar), ¡apagala! ¡apagala!

Abuela: Dejá de huir... Federico... dejá de huir.

Tío: ¡Apagala! (De tanto presionar el botón, el dedo se le calienta, se le quema, no siente dolor).

**Abuela:** ¡Federico, tu dedo! Hijo... calmate, hijo...

Todos los miembros de la familia ven a la abuela y al tío asustados.

La abuela toma al tío de la mano y sin emitir palabra lo ve a los ojos. Federico y su madre fijan sus miradas mientras el volumen de la canción empieza a descender.

**Tío:** Ya está terminando.

Abuela: Como todo.

La emisora por fin se queda en silencio.

El tío comienza a llorar desconsolado, la abuela lo toma en sus brazos para consolarlo. El tío levanta la cabeza y presiona de nuevo el botón para cambiar de emisora ahora que ha terminado la canción. La emisora se cambia.

Abuela: ¿Ya ves? Las cosas llevan tiempo, no pueden forzarse.

El tío se limpia las lágrimas y respira.

Tío: Uno, dos, tres...

Abuela: Cuatro, cinco, seis...

Lo toma de la mano.

**Tío:** Sé que debemos irnos.

Abuela: ¿Estás seguro de que podés?

**Tío:** No, pero debo hacerlo. Hemos recorrido medio país.

Vuelve a ver al abuelo.

Abuelo: Lamento ser tan duro, lamento no poder entenderte.

**Tío:** Pero yo sí te entiendo, papá. Con eso basta.

El abuelo sonríe con lágrimas en los ojos.

Abuelo: Es hora de irnos, último estirón.

**Tío:** Último estirón, papá.

El abuelo le da tres palmaditas en la espalda al tío, mientras el tío le sonrie y coloca su mano en la de él.

Silencio, varios segundos.

Enrique: Tío, le quiero hacer una pregunta.

**Tío:** Ajá, decime.

Enrique: ¿Por qué Martina no vino con nosotros?

**Tio:** Porque es hondureña.

Enrique: Yo también lo soy.

Tío: Pero sos un niño. Martina podía decidir.

Enrique: ¿No decidió por usted?

**Tío:** La familia siempre es primero, Enrique.

Silencio.

Tío: Algún día voy a regresar. Ahora tenemos que llegar a esa frontera, ¿veá, Humberto?

**Humberto:** Para encontrar una razón.

El tío le sonrie e intenta encender el camión, este cada vez hace más ruido. A la tercera vez logra encenderlo.

**Tío:** Dejé todo en Sigua... perdí todo... perdimos, perdimos todo... y ¡Dios! Ustedes son lo más importante... ustedes, mi familia... lo único que ahora me queda. Además, he encontrado una razón para seguir hasta la frontera... volver algún día, aunque suene irónico.

La abuela le coloca el rosario en el cuello.

camión aumenta la velocidad, continúa en la carretera, aún tambaleándose.

Humberto: Quiero disculparme.

Abuela: ¿Por qué, hijo?

Humberto: Sé que elegí el peor momento para hacer preguntas, solo quería una razón para llegar a El Salvador.

Abuela: ¿Preguntarle al mago si de verdad sabe hacer magia?

Humberto se queda en silencio viendo el listón verde que fue lo único que quedó de la carta.

Abuela: Humberto, ¿es en realidad eso lo que querés saber?

**Humberto:** Sería increíble que me dijera que de verdad puede hacer magia.

Abuelo: ¿Por qué?

**Humberto:** Porque quizá yo también podría.

Los abuelos se quedan en silencio. A la abuela se le llenan los ojos de lágrimas. El abuelo ve hacia la ventana, hacia el piso, hacia el techo del camión.

Humberto: Y eso me daría un valor en El Salvador. Ser mago, ser mago igual que él. Haría que no me sienta como un extraño en un país que debería de hacerme sentir parte... Un país donde nací... donde dicen que nací.

Los abuelos continúan en silencio.

Humberto: Y podría preguntarle si es más importante ser trapecista que tener una familia... Quizá sí lo es... Quiero preguntarle si le da miedo subirse a las cuerdas, si alguna vez se ha caído... si se ha fracturado algún hueso... Así como yo... que me fracturé la clavícula, ¿recuerdan?

El abuelo continúa en silencio. La abuela observa a Humberto.

**Humberto:** (Al tío). ¿No lo estoy molestando esta vez?

**Tío:** No, Humberto, no me molestás.

Humberto le coloca su mano en el hombro al tío.

Humberto: Necesito preguntarle... Ya sé, ya sé que me dirán que lo que necesito es callarme... ya sé que solo soy un niño... ya lo sé.

Abuela: No, no necesitás callarte.

**Humberto:** ¿No?

Abuela: Ya no, tus preguntas son válidas. Sé que querés saber más que solo si sabe hacer magia.

Humberto: Si le dan miedo las cuerdas...

Abuela: Más que eso.

**Humberto:** Si ser trapecista es tan increíble...

Humberto comienza a llorar.

**Enrique:** ¡Querés saber si el mago es nuestro papá, eso querés saber!

Humberto continúa llorando, la abuela lo toma entre sus brazos.

**Humberto:** Eso quiero saber... es... ¿es papá? El mago... papá...

**Abuelo:** Te lo has respondido desde el primer momento en el que leíste la carta. Aun con la dificultad de la taquigrafia.

**Humberto:** Pero quería que ustedes me lo dijeran, quería saber qué pasó con él. Quería saber por qué nuestra familia ha huido tanto. ¡Parecemos miembros de circo, de los que van de pueblo en pueblo, sin dejar raíces!

Abuelo: Hemos migrado porque la vida no siempre ha sido fácil. Hemos buscado mejores oportunidades, aunque eso significaba dejar nuestro país.

Abuela: Y no ha sido fácil, hijo. Hemos tenido que renacer de nuevo. Estamos a pocas horas de volverlo a hacer cuando crucemos esa frontera.

Humberto: ¿Renacer de nuevo? ¿Como dar paso a nuevos comienzos?

Abuela: Sí.

Humberto: Igual que la luna.

Abuela: ¿Cuál luna?

Humberto: ¡La luna nueva! Significa comienzos. Pareciera que no está, pero sí, ilumina con ese hilito de luz. Así va renaciendo.

**Abuela:** Así vamos renaciendo.

Abuelo: Quiero que entendás que no somos malos, es solo que la suerte no ha estado de nuestro lado. Pero sé que eso va a cambiar, los malos negocios que hice se terminaron. Llevo un poco de dinero para que podamos empezar de nuevo, no les faltará nada.

Enrique: Falta mamá.

Abuela: Eso se sale de nuestras manos, pero estoy yo, que los quiero igual que ella.

La abuela abraza a Enrique.

Humberto: Quiero tener raíces... No quiero ser un circense...

**Abuela:** Sos afortunado, no sos un circense. Tenés raíces en El Salvador y raíces en Honduras. Dos países maravillosos que, aunque ahora

estén en guerra, no será algo que dure para siempre.

**Humberto:** Algún día podré volver a Honduras?

**Abuelo:** Te prometo que sí, vas a volver.

**Humberto:** ¿Qué hay del mag... Digo, ¿de papá?

Abuelo: Era un circense de la capital... un circense de esos que... un circense de... de todos lados. Trapecista, malabarista, mimo, payaso... viajaba de pueblo en pueblo... comerciante a la vez. Tu mamá lo conoció en una feria mientras veía un espectáculo donde él era protagonista. Y bueno, el resto es... (La abuela lo toma de la mano y lo apreta).

Humberto: ¿El resto es...? ¿Enamoró y luego dejó a mamá?

Abuela: El resto es una historia de amor, de esas que a vos y a Enrique les dan asco... (La abuela se ríe). Tus papás se quisieron mucho, por eso naciste vos... por eso después vino Enrique, pero tu mamá... era muy joven, y emigró junto a nosotros. Tu papá vendría después... quería venir después... Pero cuando las cosas se dejan para después casi nunca ocurren.

Humberto: Nunca volvió, nos olvidó.

La abuela aún continúa tomando la mano del abuelo. El abuelo se siente atorado, como si un panal de abejas se le hubiera quedado trabado en la garganta.

Abuela: No los olvidó, ¿cómo creés eso? ¿Quién podría olvidarse de vos, de Enrique, de tu mamá? Imposible... Hijo, la carta que encontraron es prueba de ello. Había muchas cartas más, pero tu mamá fue enterrada con ellas... El mago, tu papá, solo no pudo venir, pero no los olvidó.

**Tío:** No todas las historias de amor tienen finales felices, Humberto, y eso significa hayan sido verdaderas, que no trascendentales...

**Humberto**: Pero yo quería una historia feliz.

**Abuela:** Esa no era tu historia, era la de ellos. Vos todavía podés tener tu propia historia con final feliz.

Humberto: Me da miedo no lograrlo.

Tío: Humberto, yo también regresaré a Honduras un día. Dejé a Martina acá. No pienso olvidarme de ella, no importa cuánto tiempo me tarde en regresar. Diez, veinte, quizá cuarenta años, pero volveré por ella y tenés que acompañarme.

El tío abraza a Humberto. Humberto sonríe.

La abuela ve al tío con ternura.

**Enrique:** ¿Creen que podamos encontrar al mago?

El abuelo se suelta de la mano de su esposa. La abuela lo toma de la mano de nuevo pero él vuelve a soltarla.

Abuela: (Susurrando). Antonio...

Abuelo: ¿Vos también querés conocerlo?

Enrique: No lo sé. Humberto se parece mucho a mamá, el tío a ustedes, yo no me parezco a nadie. Quizá me parezca a él.

Abuelo: Sí, tenía ese pelo tan alborotado, creo que eso le daba el equilibrio en la cuerda.

Todos rien.

Humberto: Gracias por contarme.

Abuela: Gracias por haber leído la carta y hacer que esta carga fuera desapareciendo. Me hiciste recordar a Esperanza, nos hiciste recordarla.

Ve al abuelo.

**Humberto:** ¿Por qué tenían tanto miedo de contarme?

Abuelo: No queríamos que nos juzgaras... Creo que es algo que ni Juana ni yo hubiéramos podido soportar... Ver nuestros errores de frente, no, no, no... demasiado doloroso, humillante, no podríamos soportarlo, ¡tenés que entender, Humberto! Nuestras decisiones no han sido siempre acertadas... pero eso es algo que ahora... que ahora vemos, en aquel momento... no lo sé, parecía, se veía como... como lo correcto.

Humberto: Pero no entiendo... ¿por qué no querían que supiera de él?

Abuelo: Si vos llegabas a saber de él... del mago... de tu papá, Yo... yo me llené de miedo... ¡miedo! ¡miedo de que te alejaras de nosotros! Vos y Enrique son lo único que tenemos de Esperanza, no hubiéramos soportado perderte, perderlos. ¡Que nos odiaras por ocultarte cosas! ¡Que te fueras!

Humberto: ¿Irme? ¿Cómo podría dejar nuestra familia?

**Abuelo:** No sé, pensaba que la vida circense te podría parecer más atractiva que nuestra familia. Es irónico... tanto que he criticado la vida de circo por inestables, por ir de pueblo en pueblo y nosotros... un grupo eterno de migrantes...

Humberto: La idea de un circo suena cheque. Conos de chocolate todos los días, payasos, malabares, y un papá... pero...

Abuelo: ¿Pero?

**Humberto:** Ustedes son mi familia y aunque espero conocerlo algún día, no podría alejarme de ustedes, ini por todos los conos de chocolate del mundo!

**Abuelo:** No queremos que te rechace.

**Humberto:** ¿Por qué lo haría?

**Abuelo:** No sé, Humberto, ha pasado mucho tiempo. No sabemos cómo es él ahora.

Humberto: Al llegar a El Salvador, ¿ustedes me ayudarían a encontrarlo?

**Abuelo:** ¿Es muy importante para vos?

Humberto: Sí.

**Abuela:** ¿Te sentirías más tranquilo?

Humberto: Sí.

Abuelo: Te queremos feliz.

Abuela: Y vamos a estar ahí, vamos a buscarlo con vos, te lo prometemos.

Los abuelos abrazan a Humberto.

**Abuelo:** Vos y Enrique son todo, todo para nosotros.

**Abuela:** Y los queremos... los queremos proteger.

**Humberto:** ¡Y yo los quiero cuidar!

De pronto el camión empieza a temblar. La familia observa que va dejando pedazos de lata por la carretera.

**Humberto:** ¿Creen que logremos cruzar la frontera?

Abuelo: Tenemos que lograrlo.

Los niños cierran la ventanilla que da al compartimiento de adelante. Los abuelos y el tío en silencio.

Abuelo: Así fue mejor.

**Abuela:** A veces las historias deben ser cambiadas si van a ser escuchadas por los niños.

Tío: ¿Había más cartas?

Abuelo: Esa era la única carta, las demás nunca fueron respondidas por él, por el mago. Fueron regresadas sin respuesta.

**Abuela:** No estaban destinados a un final feliz.

Abuelo: El final feliz fue Humberto y Enrique. Nosotros fuimos los afortunados del final feliz.

El tío pasa bruscamente por un túmulo. A lo lejos se lee: El Salvador, un kilómetro, todo recto.

**Abuelo:** Ya casi llegamos.

Enrique junto a Humberto. Humberto tiene aún en sus manos el trocito de la carta recuperada por el tío. Enrique se ve el pelo en un pedazo de espejo quebrado.

5:00 p. m.

Enrique: Quiero ser un mago.

**Humberto:** Hace unos días querías ser futbolista.

**Enrique:** Sí, pero ya no.

Humberto: ¿Por qué no?

**Enrique:** Me cae mal el fútbol. El Salvador irá al mundial y Honduras no.

**Humberto:** ¿Y solo por eso te vas a convertir en mago?

Enrique: Sí.

Humberto saca de la bolsa de su pantalón una pelota de goma que simula una pelota de fútbol. Se la da a Enrique.

Enrique toma la pelota. La ve, suspira y se la mete al bolsillo.

Humberto: Quizá algún día cambiés de opinión.

Enrique: ¡Qué locura tener un papá mago!

**Humberto:** Es tan raro llamarlo así... papá.

Enrique: Papá, papá, papá, papá, papá, papá.

Humberto: ¿Qué te pasa?

Enrique: Una vez lei que si repetís varias veces algo te lo terminás por

creer.

**Humberto:** ¿Acaso no creés que sea nuestro papá?

**Enrique:** Sí lo creo, pero me parece aún muy raro. ¿A vos no?

Humberto: No sé, supongo. Pensé que sentiría alguna diferencia, algo más

grande al enterarme de todo y no ha sido así. Sé que el mago es

Novilunio | 50

nuestro papá, pero no tiene ninguna relevancia. Ni siquiera sé

dónde está.

Enrique: Otra vez está anocheciendo.

**Humberto:** ¿Y con eso qué?

Enrique: Seguimos en luna nueva.

Humberto observa por la ventana el cielo. La luna nueva tiene un halo

brillante alrededor. De este haz de luz se desprende una estela que ilumina

toda la carretera. Parece magia, pero no lo es. Es el poder innato de la luna

nueva, de los comienzos que esta representa, de los que habla la astrología.

El camión se para. El frenazo hace que Humberto se despegue de la ventana,

cae contra Enrique, quien de un tirón abre la ventanilla que da al

compartimiento de los abuelos y del tío. El haz de luz de la carretera se ha

esfumado.

Enrique: ¿Por qué paramos? ¿Más soldados?

Los abuelos no dicen nada, no se inmutan.

**Tío:** Es la frontera.

Enrique: ¿La frontera?

**Humberto:** ¿Llegamos?

Tío: Llegamos...

El tío lee las letras que hay en un gran edificio que es la frontera:

Bienvenidos a la República de El Salvador.

Los niños empiezan a dar saltos en el camión. Esta algarabía hace que los

abuelos reaccionen y se den cuenta de que ya están en tierra salvadoreña.

Los abuelos se abrazan, lloran, ríen y vuelven a llorar mientras que el tío

presiona el pito sin parar. En ese momento el camión empieza a temblar

como destartalándose. Termina por destartalarse y la familia queda en la entrada de la frontera solo con sus pertenencias. Ha anochecido.

6:00 p. m.

La familia observa cómo otros camiones iguales al de ellos empiezan a desmoronarse. Los refugiados quedan desnudos ante la nueva realidad.

Abuelo: Nuestro destino final será San Salvador. Es importante que al menos logremos llegar a Santa Rosa de Lima para estar a salvo.

Enrique: San Salvador... qué nombre tan raro.

Abuela: Ahí nació Humberto.

Humberto: ¿Volveré justo donde nací?

**Abuelo:** Volveremos, todos juntos.

El abuelo toma la mano de la abuela, quien toma la mano del tío, mientras este toma a Humberto, quien finalmente agarra a Enrique. Enrique no toma a nadie con la otra mano, pero en ella lleva la pequeña pelota de fútbol de goma que le dio Humberto.

Se escuchan susurros, voces, llantos de todos los damnificados. La bandera de El Salvador ondea en un poste. Los refugiados empiezan a cantar el himno nacional. La familia en silencio, aún se sienten hondureños.

Humberto se suelta de la mano de su familia. Observa detenidamente la luna y empieza a hablarle en silencio. La luna parece estar más cerca de Humberto.

Se cumplen las treinta y seis horas del cese al fuego.

Humberto: ¿Eran mamá y el mago?... ¿En ese baile?... ¿Por qué no hubo final feliz?...;Iluminá a papá para que nos encuentre! Para ir al circo... o al fútbol... Para regresar a Honduras con él, ya casi soy un adolescente. Tengo que enseñarle la plaza, el parque, la escuela, ¡terminé el sexto grado, papá! No pude recibirme, pero terminé, soy muy bueno en matemáticas. ¿Dónde estás, papá? ¿Dónde estás? ¡Bajate de la cuerda! ¡No volvás a hacer el truco de desaparecer! ¡Los números tienen que explicarme por qué no estás aquí! ¡Los números explican cosas, papá! ¡Lo que no entendemos!

El abuelo observa a Humberto, quien está desesperado hablando en silencio con la luna. El abuelo solo ve cómo los labios de Humberto se mueven.

Abuelo: Humberto...

Humberto continúa observando la luna.

Abuelo: Humberto, tenemos que irnos. (Lo toma del brazo mientras Humberto baja la mirada, dejando así de ver a la luna).

Toda la familia comienza a caminar cruzando la frontera. Todo está a oscuras. Un tenue halo de luz de la luna nueva es lo único que ilumina la carretera. Poco a poco los pasos de los cinco dejan de escucharse.

## Novilunio

Fátima Chiquillo, 2025

Primera edición (Digital) Los Del Quinto Piso Editores San Salvador, El Salvador, 2025 América Central

Edición: Jorgelina Cerritos

Revisión de texto: Adela Jenny Diagramación: Víctor Candray

Publicación digital: <a href="https://www.jorgelinacerritos.com/">https://www.jorgelinacerritos.com/</a>



18 años de Teatro